

poblaciones, en donde la civilizacion y la mano del hombre no han dado el soplo mortal de la esclavitud, ni la supersticion. Salia de la anarquía de Méjico en donde me ví tantas veces espuesto á ser víctima del furor de los partidos, y ahora vagaba libremente en las deliciosas márgenes del Niagara, entre las eternas florestas del Canadá, alejándome cuanto podia acia esos lugares solitarios en donde el hombre, desconocido como yo era en paises tan remotos, me entregaba enteramente á mis meditaciones. ¡Oh Niagara! mientras mis ojos fijos en tus rápidas ondas parecian dar indicio de que me ocupaba enteramente el grandioso espectáculo, yo veia en tí la representacion mas melancólica de nuestras desastrosas revoluciones. Yo leia en la sucesion de tus olas, las generaciones que corren á la eternidad; y en las cataratas que preceden á tu abismo, los esfuerzos de unos hombres que impelen á los otros para sucederlos en sus lugares.

En *Fort Niagara* hay guarnicion de tropas americanas, y en *Fort George* inglesas. Las fronteras y fortalezas son los únicos lugares en que se ven tropas de línea en los Estados-Unidos. Es escusado decir que estan muy bien vestidas y alimentadas. Hay pocas deserciones, en ocasion que son muy frecuentes en las del Canadá, segun me informaron.

CAPITULO V.

Viage al Bajo Canadá.—Lago Ontario.—Rio San-Lorenzo.—Montreal.—Sus habitantes y establecimientos.—Paralelo entre el Misisipi y el San-Lorenzo.—Viage á Quebec.—Descripcion de la ciudad.—Gobierno.—Gastos del gobierno británico.—Propension del Alto Canadá á unirse á los Estados de Norte-América.—Ecesivo calor en el estío.—Cataratas.—Pequeña aldea de Indios.—Vuelta á Montreal.—Viage á los lagos Champlain y George.—Descripcion de ellos.—Teatro de guerra americana.—Caidas de Glens.—Viage á Saratoga.—Ligera reseña de sucesos de la guerra.

En Queenston tomé pasage á bordo de un buque de vapor llamado *Alciope*, que aunque cómodo, no es comparable á los del Ohio y Misisipi. El pasage me costó diez pesos hasta Montreal, una de las mayores y mas ricas ciudades del Canadá. Navegamos el dia y noche del 13 por el lago Ontario, y despues de haber hecho ciento cincuenta millas, nos detuvimos en Kingston para proveer de leña el buque. Desde este pueblo que está situado á la orilla oriental del lago, se ha emprendido la construccion de un canal, que llaman *Rideau Canal*, que debe terminar en Montreal. El objeto es facilitar la navegacion del rio San-Lorenzo abajo, el cual no puede pasarse, al menos con mucho riesgo, en las pequeñas cascadas que se encuentran entre este punto y Montreal. Los

gastos de este canal se supone montarán á quinientas mil libras (dos y medio millones de pesos).

Tambien hay otro canal ya principiado en el Alto Canadá, entre el lago Erié y el Ontario, para corregir las desigualdades del Niagara y hacer comunicables por agua ambos lagos. Este es el *Welland canal*, en donde hay una cortadura que se aprocsima á nuestro desagüe de Huehuetoca, aunque no es tan grandioso ni profundo. Tiene veintisiete pies de cortadura. Este canal deberá tener cuarenta y cinco millas. Nuestro canal de Huehuetoca tendrá á lo mas diez millas; pero la obra de la cortadura de Nochistongo es mucho mas considerable. Aquí comienza propiamente el rio San-Lorenzo, notable por su anchura y sus mil islas.

Montreal es una ciudad de veinticinco á treinta mil habitantes, situada á la izquierda del Lorenzo, sobre un banco elevado y rodeado de colinas fértiles, bien cultivadas y vistosas. Hay una concurrencia numerosa de Indios, la mayor parte salvages, que vienen á cambiar sus pelleterías de castor, nutrias, cíbolos, ciervos, panteras, etc., con las mercancías estrangeras vidrios, cristales, ropas, aguardientes, pólvora, plomo, etc. La mayor parte de las casas son de ladrillo y piedra de sillería y granito. Hay algunos monumentos dignos de atencion, tal es un trofeo levantado á la memoria del almirante Nelson, en donde se representa, en bajo relieve, el Nilo por un cocodrilo, y el mar por buques bien dibujados.

La mayor parte de los habitantes son católicos y

hay una catedral bastante grande de muy mal gusto, género gótico, de piedra calcárea. Las casas estan en su parte superior cubiertas de hoja de lata, lo que hace que desde las colinas vecinas ó las alturas, den un golpe de vista hermoso con el sol ó la luna. El pueblo está estrañamente vestido; habla un frances misto que apenas se parece á la lengua de Paris. La mayor parte de los comerciantes y grandes propietarios son Ingleses. La posada en que paré, que se llama *Good enough*, es muy bien asistida, aunque mas cara que las de los Estados-Unidos.

Hay varios conventos de monjas en Montreal, fundados desde que pertenecia el pais á los Franceses. No ha habido ninguna alteracion en sus establecimientos, porque el Gobierno no los considera sino como compañías ó asociaciones. Las religiosas salen á la calle cuando quieren; pero generalmente guardan sus votos y sirven á los enfermos.

Como los viageros que han escrito sobre los Estados-Unidos nunca han dejado de hacer un paralelo entre los rios San-Lorenzo y Misisipí, por los visibles y notables contrastes que se encuentran entre ellos, creo que debo seguir el mismo ejemplo para que el lector forme idea de las diversas fisonomías de la naturaleza. El rio San-Lorenzo es muy variado en sus márgenes y presenta escenas diversas. El Misisipí es uniforme, igual y monótono: el primero lleva un curso rápido y bullicioso; el segundo corre magestuosamente y no parece llevar la inmensa mole de agua que descarga en el Océano; aquel tiene las ondas puras y

cristalinas; este turbias y lodosas; aquel nace en el Ontario, tan grande y magestuoso como desemboca en el golfo del mismo nombre; este se aumenta con rios caudalosos que lo enriquecen; aquel corre por tres mil millas; este no escede de quinientas; el San-Lorenzo no aumenta ni disminuye su volúmen; el Misisipí se infla, se eleva y amenaza con sus inundaciones los pueblos, villas y ciudades que se alimentan de sus aguas. El San-Lorenzo atraviesa muchos lagos; el Misisipí corre en medio de florestas: el primero es grande y hermoso; el segundo sombrío y sublime; en fin el San-Lorenzo causa impresiones agradables en la imaginacion; el Misisipí la oprime con su inmensidad.

En veinticuatro horas de navegacion sobre el rio San-Lorenzo, en buque de vapor, nos pusimos de Montreal á Quebec, capital del Bajo Canadá. Llegamos á la hora que se tocaba la retreta en el fuerte, y la música militar causaba una agradable sensacion. Quebec se compone de ciudad alta y ciudad baja, porque está levantada sobre las colinas que se elevan gradualmente en algunas partes y repentinamente en otras, formando un muro sobre el rio. La parte baja es insana, sucia, habitada por gente pobre, casas miserables; la alta no tiene tantos y tan hermosos edificios como Montreal, pero no carece de belleza y de casas cómodas y de buena apariencia. La catedral es una masa informe, sin gusto ni órden de arquitectura. La fortaleza, que se estaba ya concluyendo en la punta Diamante, es sin duda una de las mas grandio-

sas obras del arte militar, por su posicion y arquitectura. Habrá costado al Gobierno ingles mas de dos millones de pesos.

El campo de Abrahan es una llanura que domina la ciudad, y ha sido el teatro de acciones gloriosas, tanto en la guerra con la Francia, como en la de la independenciam. Allí murieron en diversas épocas el general ingles, Wolfe, y el coronel americano, Monggomery, cuyas cenizas fueron despues trasladadas á la iglesia de San Pablo, en Nueva-York. Todo este llano está aun lleno de los vestigios de la guerra y hay algunos monumentos erigidos á la memoria de los gefes ingleses.

En mi viage á Quebec tuve relacion con M. Coveocy, anciano respetable, vecino de aquella ciudad y nacido en Boston. Pocos, muy pocos Americanos tienen las opiniones de M. Coveocy en órden á los futuros destinos del Canadá. Él cree que dentro de algun tiempo, una parte del Estado de Vermont y aun de Maine se agregará al Canadá, para completar, dice, su territorio. Yo le manifesté que por el contrario creia que toda la parte inglesa de aquel continente seria independiente, ó compondria Estados de la confederacion americana con el tiempo. Me habló con mucho entusiasmo de un M. Bailli, reformador de la iglesia católica, en el Bajo Canadá, en los años de 90 á 94 del siglo pasado, que disminuyó los dias festivos reduciéndolos á seis al año, fuera de los domingos, lo que consiguió con mucha dificultad y en medio de los clamores del fanatismo.

Me hizo observar que las costas eran las únicamente pobladas, como sucede en las nuevas poblaciones, en donde los colonos buscan naturalmente las márgenes de los rios ó las playas del mar.

En cuanto á la agregacion del Alto Canadá á los Estados-Unidos, voy á transcribir aquí las reflexiones de un viagero ingles, que, bajo el título de *Men and manners in America*, ha hecho una descripcion no muy imparcial de los Estados-Unidos; aunque la fuerza de la verdad le obliga muchas veces á confesar sus rápidos progresos y ventajas locales.

« Las cámaras legislativas no estaban reunidas cuando pasé por el Canadá, dice el viagero, y de consiguiente conozco poco de las cuestiones pendientes. Sin embargo tengo conocimiento de un M. Papineau, que representa con mucha propiedad el papel del O-Connell de las colonias. El campo no es vasto, pero hace cuanto puede, y goza de la dignidad de ser la espina perpetua clavada en el costado de los gobernadores. M. Papineau y su partido se manifiestan siempre descontentos de la dominacion inglesa. Pero ¿qué desean tener de mas? Ellos no pagan contribuciones. *John Bull* (el pueblo ingles) gasta su dinero con mucha liberalidad entre los Canadenses, como lo pueden ver ellos mismos en la magnífica fortificacion del cabo Diamante y el canal Rideau. Este último debe traer inmensos beneficios á ambas provincias: beneficios que jamas hubieran tenido los Canadenses, abandonados á sus solos recursos. ¿Qué tendrían entonces? A lo menos el Bajo

Canadá no se agregará á los Estados-Unidos; y es sumamente pobre y destituido de medios para poder subsistir por sí solo. Quitad los capitales ingleses de esta colonia y solo quedará miseria y soledad.

» Con respecto al Alto Canadá vemos venir con rapidez el período de su agregacion á los Estados-Unidos. Todas las cosas tienden á la consumacion de esta obra. Los canales que ponen en comunicacion esa larga cañada de lagos con el Ohio y el Hudson acelerarán este acontecimiento. Los labradores del Alto Canadá tienen mas fácil comercio en los mercados de Nueva - York y Nueva - Orleans, que en el de Quebec. La masa del pueblo es republicana en sus ideas políticas y anarquista en su moral. Váyanse pues: la pérdida de la Inglaterra es de poca monta. El águila no disminuye sus alas porque se le caiga una pluma. »

Cuando estaba en Quebec (julio de 1830), habia un calor mucho mas fuerte que los que haya yo experimentado en Yucatan ó Veracruz. El termómetro de Fahrenheit estaba á ciento dos grados, y jamas en mi vida me sentí mas atormentado. El calor dura dos meses y ya en setiembre comienza á sentirse frio, que aumenta considerablemente hasta fines de enero, y el pais todo está cubierto de nieves y hielos. La rapidez con que pasa el estío no permite que se madure el maiz y de consiguiente no se siembra esta preciosa semilla en el Canadá. Se da trigo, cebada, centeno, trigo sarraceno, con el que hacen unas tortillas muy gustosas, y avena. Las frutas no son buenas;

aunque no faltan cerezas, moras de diversas calidades, manzanas y duraznos.

Hay dos cascadas notables en las cercanías de Quebec. La una es la de Montmorency, que si bien es mas alta que la de Niagara no me causó la impresion agradable que aquella, aunque sí su aspecto es mas selvático. La cantidad de agua que cae de ciento cuarenta y ocho pies no es la sesta parte de la otra; pero hace mas ruido sin duda porque el vasto recipiente no tiene agua suficiente para disminuir el choque de la masa. La otra cascada es la de *Chaudiere* ó Caldera, que tiene cien pies de caída perpendicular y produce el efecto de hacer hervir el agua que corre con rapidez á arrojarse en el San-Lorenzo.

La aldea de Loreto, que está cerca, ofrece, como en muchas de nuestras antiguas poblaciones, el aspecto melancólico de ruinas. Allí habitan los últimos restos de una poderosa tribu de Indios Hurones. El aguardiente y la pólvora han concluido su obra, y solamente quedan doscientas personas de este pueblo noble y belicoso en otro tiempo. Han adoptado la religion y hablan el idioma de sus conquistadores. Hay una iglesia en este pueblo y un cura que vive entre sus feligreses que le aman. El cristianismo es el solo beneficio que los Indios han recibido de los blancos. Estos los engañan, los roban, los corrompen y los arruinan en este mundo, y despues hacen un mérito de procurarles la salvacion en el otro. El beneficio es sublime á la verdad; pero los pobres In-

dios deben desconfiar de un don que viene de tales gentes.

En las dos provincias del Canadá hay cámaras legislativas y las leyes reciben su sancion del gobernador que nombra el rey de Inglaterra. Hay tambien ciertas leyes de hacienda y de trascendencia que necesitan la aprobacion del gobierno de S. M. Británica. Por lo demas hay libertad de imprenta, juicio por jurados, y las demas garantías sociales que en Inglaterra. El idioma frances es el de los registros públicos en el Bajo Canadá, y las discusiones son en este idioma.

Salí de Quebec y regresé á Montreal, pasando de paso por el pueblo de Sorel, sobre el rio Richelieu, que nace en el lago Champlain y desagua en el San-Lorenzo. Este seria conducto utilísimo de comunicacion con el Estado de Nueva-York por los lagos Champlain y George, de que hablaré luego. Regresé á Montreal en donde solo estuve una hora.

En Montreal atravesé el rio, salté á tierra en un pueblo bellissimo llamado la *Prairie*, en donde hay un convento de religiosas de la Caridad, y continué en diligencia hasta San-John, lugar situado en la banda oriental del lago Champlain. Allí me embarqué en el buque de vapor B. Franklin, en el que volví á encontrar la limpieza y comodidades de los trasportes americanos en este género. Desde Niagara me habia asociado para hacer el viage del Canadá con Mr. M. Evans, comerciante de Nueva-Orleans, y Laville de Bean, propietario de la Luisiana. En

Fort-Niagara nos juntamos con una amable familia de Pittsburgh llamada Simpson y Dahra, y en esta compañía continuamos la agradable travesía del lago Champlain. A las treinta y cuatro millas de navegacion se encuentra la isla Negra, hermosa, fértil y malsana, y á tres millas mas arriba se entra de nuevo en el territorio de los Estados-Unidos, en donde un guarda pregunta con mucha cortesía si tiene uno algunos efectos de contrabando, y sin mas formalidad deja pasar á los viajeros. Pasamos enfrente de Platsburgo, villa considerable del Estado de Nueva-York, y que dió nombre á la batalla naval que entre las flotillas americana é inglesa se dió en 1814, habiendo quedado la última en poder de los Americanos. Diez mil Ingleses tuvieron que retirarse bajo las órdenes del general Prevost, cuyo proyecto era nada menos que cortar las comunicaciones entre la Nueva-Inglaterra y el resto de los Estados-Unidos.

Despues de ciento cuarenta millas de navegacion en el lago Champlain, tomamos tierra en *White-Hall*, que está á la parte occidental del lago, desde donde al lago George habrá apenas la distancia de una milla. En este istmo estan los vestigios de la antigua fortaleza llamada Ticonderoga, teatro de guerras sangrientas, tanto en tiempo en que los Franceses tuvieron el Canadá como posteriormente en las dos guerras habidas entre los Ingleses y los Americanos. Yo visité estas ruinas, en donde no quedan mas que montones de piedras y de arena con algunos viejos paredones.

El lago Champlain nunca escede de cinco millas de anchura. En su parte occidental tiene al Sur las montañas de Vermont que se llaman Green Hills, de las mas elevadas de esta cordillera. Entre ambos lagos hay un pequeño pueblo llamado Alejandría, en donde ecsiste una cascada que se precipita gradualmente, como de cincuenta pies de altura, y forma un espectáculo brillante. Comimos allí y tomamos el buque de vapor sobre el lago George, aun mas angosto que el anterior, profundo, de aguas transparentes y claras, y costado por rocas elevadas en ambos lados, de manera que parece un caño. Todas estas montañas y bosques estan muy escasamente poblados; de cuando en cuando se ven algunas casas sobre las alturas, que inspiran el deseo de ocuparlas á los hombres cansados del mundo y de los negocios, que buscan en vano las ilusiones del campo y de la soledad, despues de haber andado inútilmente tras de una felicidad que siempre se escapa de las manos. Pocos lugares, en efecto, me han inspirado un deseo mas vehemente del retiro á la vida campestre, que esas deliciosas y románticas márgenes del Niagara y del lago George. ¡Qué soledad tan acompañada de las bellezas de la naturaleza! Peñascos, arroyos, aguas navegables y cristalinas, peces esquisitos, vistas magníficas; hasta las ruinas de Crown Point y Ticonderoga, todo inspira ideas sublimes, sencillas y naturales.

El lago termina en Caldwell. No se puede pasar por estos lugares sin recordar dos sucesos estremada-

mente trágicos, acaecidos en las cercanías de estos lagos. En la guerra entre los Franceses y los Ingleses, en 1759, cuando la toma de Quebec por los segundos, M. Schoonhoven y siete Americanos fueron hechos prisioneros por una partida de salvajes en las cercanías de Sandy-Hill. Conducidos á un prado se les hizo sentar en hilera sobre un tronco de árbol, y á continuacion un Indio, armado de una hacha, iba sucesivamente matándolos rompiéndoles el cerebro. Al llegar á M. Schoonhoven el gefe mandó suspender la sangrienta escena, y dirigiéndose á este le dice: «¿Te acuerdas de un dia en que estando en un baile nos presentamos á la funcion varios Indios, y cuando tus compañeros se oponian á recibirnos, tú mandaste que se nos permitiese tomar parte en la fiesta? Yo creó descubrir en tu fisonomía los mismos rasgos de afinidad con los Indios; ahora verás como sabemos apreciar estos actos.» Mandó luego dejar ir libre á M. Schoonhoven y á uno de sus compañeros que aun habia sobrevivido. *Sunt hic etiam præmia laudis.*

En la guerra de la independencian, en 1777, un jóven americano, llamado Jones, capitan en las tropas inglesas, habia contraido esponsales con una señorita llamada Miss. M. Crea. Su casa estaba en el centro de los ejércitos contendientes. El capitan Jones, para poder verificar su matrimonio, despachó una partida de Indios de los que estaban al servicio ingles, para escoltar á su novia al fuerte, que era el cuartel general. No satisfecho con la primera escolta,

manda otra igualmente de Indios, ofreciendo un barril de aguardiente de recompensa á los conductores. Ambas partidas se reunieron y se disputaron cuál de ellas conduciria á la dama. El triste resultado fué que la señorita fué asesinada, y cayó víctima de una contienda comenzada en su obsequio.

En Caldwell tomamos la diligencia para dirigirnos á Saratoga. A pocas millas encontramos la cascada de Glens, notable por sus inmensos peñascos, petrificaciones y cantidad de fósiles. Esta catarata es del famoso rio Hudson, que desemboca tan caudaloso en la bahía de Nueva-York. Continuamos á Saratoga, que entonces estaba llena de los viajeros que de todos los Estados-Unidos vienen á tomar las celebradas aguas minerales en sus mismas fuentes, á bailar y á contraer conexiones que despues suelen fijar la suerte de las personas.

Saratoga es una villa del Estado de Nueva-York que tiene cuatro posadas magnificas, en cada una de las que pueden alojarse doscientas personas á lo menos, fuera de un grande número de casas mas pequeñas que llaman *Boarding house*. Las principales posadas son *Congress hotel*, *United-States hotel*. Mas de mil personas entran y salen diariamente de esta deliciosa mansion, durante los meses de junio, julio y agosto. Como plaza de aguas minerales, los habitantes han procurado embellecerla con arboledas, paseos, jardines, bosques y cuanto pueda hacerla agradable á los que por puro placer ó por su salud van á beber las aguas del *Congreso*. Hay ca-

torce fuentes de diferentes combinaciones de sales, gases y minerales. Las mas contienen muriate de sosa, carbonate de sosa, carbonate de cal, carbonate de magnesia y carbonate de hierro en diversas proporciones. En la que llaman *Congress water* hay mucha cantidad de aire fijo, y los viageros van todas las mañanas en ayunas á tomar dos ó tres grandes vasos para purgar ligeramente el estómago. No es desagradable como la del manantial de nuestra villa de Guadalupe ó ciudad de Hidalgo, que contiene azufre, petróleo y mucho aire fijo. A mi pasada á Saratoga fuí presentado al conde de Surveilliers, José Bonaparte, ex-rey de España, de quien hablaré en otra ocasion.

En estas cercanías se ven todavía vestigios de las campañas de la guerra de la independencia. El general ingles Burgoyne, despues de haber tomado el fuerte de Ticonderoga, se dirigió con diez mil hombres de tropa de línea y muchos miles de Indios salvages que tenia de auxiliares, acia Saratoga y Albany, centro del Estado de Nueva-York. En una proclama que publicó en junio de 1777, decia que era mas bien un paseo militar que una campaña, la que tendria que hacer. Tal era el orgullo que le habia inspirado la fácil toma del fuerte de Ticonderoga. Habia concebido el proyecto de apoderarse de Albany, lo que le parecia fácil por el terror que habia inspirado su repentina aparicion sobre la orilla izquierda del Hudson, objeto de sus deseos, como una barrera entre los Estados del Oeste y la Nueva-Ingla-

terra. Pero la victoria de Bennintong, conseguida por el coronel americano Stark, sobre las tropas británicas mandadas por el coronel Baun, muerto en la accion, hicieron ver al general ingles que tenia que luchar con un enemigo temible. Es muy digna de atencion la alocucion del coronel Stark á sus tropas antes del combate. « Hoy debemos derrotar al enemigo, les dijo, de lo contrario, María Stark (su muger) será viuda antes de ponerse el sol. »

Despues de esta accion el general Burgoyne sostuvo dos combates muy sangrientos, y tuvo necesidad de capitular en 17 de octubre del mismo año, dejando á los Americanos el campo. Esta campaña fué dirigida por el general Gates, ingles de nacimiento; pero fiel y noble defensor de la causa americana.

Muchos incidentes ocurrieron despues de la espedicion del general ingles Burgoyne, que merecen referirse por su singularidad. Este gefe habia estado sin recibir ninguna comunicacion del general Henrique Clinton, que debia venir á su socorro subiendo el rio Hudson. El correo llamado Taylor, que conducia los avisos de esta importante noticia al general Burgoyne, fué hecho prisionero por las avanzadas del general americano George Clinton. El pobre Taylor tragó una cosa que sacó de la bolsa, pero fué observado. Se le dió una fuerte dosis de tártaro emético, con la que arrojó una pequeña bola de plata, que estando hueca, se halló en ella la carta

de Clinton á Burgoyne. Taylor fué juzgado y ejecutado.

En el primer ataque de 27 de setiembre, se advirtió que murió un número mucho mayor de oficiales que el que debia en proporcion á la tropa. Los tiradores americanos se habian puesto en las ramas de los árboles, desde donde apuntaban á los oficiales de preferencia. En la accion de 7 de octubre murieron los principales gefes del ejército ingles. El general Fraser, el coronel Breytman y M. Clarlle, ayudante del general Burgoyne, cayeron víctimas de los tiradores americanos.

El general Fraser era un oficial activo, de valor y de capacidad. El general Morgan era el encargado de hacer frente al primero con un cuerpo de cazadores americanos. En lo mas fuerte de la accion, el general americano escogió seis de sus mejores tiradores de rifle y les dijo : « Ved á ese hombre, yo le admiro por su valor y energía; pero es necesario que muera; tomad vuestras medidas y cumplid vuestro deber. » Esta fué la sentencia de muerte del bravo general ingles : al cuarto de hora ya habia caido muerto. La relacion de este suceso y de la trágica accion es sacada de la que hizo una señora alemana que se halló en el mismo campo de batalla ó sus cercanías, en donde su esposo, el baron de Reidesdel, servia bajo las órdenes del general británico : « Serenas y duras pruebas nos esperaban el dia 7 de octubre en que comenzaron nuestros infortunios. Yo

estaba almorzando con mi marido, y percibí que habia entre manos algun negocio serio. Esperaba á comer á los generales Burgoyne, Tillips y Fraser. Ví un gran movimiento entre las tropas. Mi esposo me dijo que solo era una revista, no dándome conocimiento de nada. Encontré muchos Indios armados que á mis preguntas solo contestaron *guerre, guerre*, dando á entender sin duda que iban á batirse. Esto me hizo apresurar mi retirada á casa, en donde apenas habia llegado que comencé á oir tiros de cañon y de fusilería que aumentaban mas y mas. A las cuatro de la tarde, en lugar de los huéspedes que esperaba á comer, veo entrar una litera que traía herido mortalmente al general Fraser. Hice colocar su cama en la misma pieza destinada á comer con él y los otros. Yo me senté tristemente en un rincon, esperando de un momento á otro noticias de mi marido.

El general Fraser dijo al cirujano : « Dígame usted si mi herida es mortal; no quiero ser lisonjeado. » El cirujano declaró que la bala le habia atravesado el estómago y cortado los principales tendones de esta entraña. El general fué enterrado al dia siguiente en medio de las balas y fuego de los dos ejércitos beligerantes. El coronel Wilkinson, que conocimos en Méjico en donde murió, y con quien tuve una particular amistad, se halló en esta accion. Dice en su historia que perseguia una partida de enemigos, cuando descubrió junto á una cerca un hombre tendido que le decia : « Protéjame usted,

señor coronel, de los tiros de este muchacho.» Volvió la vista y descubrió un jóven de catorce á quince años, que apuntaba con su rifle al pobre mayor Ackland que, gravemente herido, habia sido llevado á aquel punto por un oficial de su cuerpo que estaba con él, y el coronel Wilkinson libertó á ambos de los tiros mortales del pequeño Americano. Es muy interesante la relacion que la baronesa de Reidesdel hace de los trabajos de la esposa del mayor Ackland, que acompañó á su esposo en todos los riesgos, y le asistió en el mismo campo enemigo. Tambien tenemos iguales ejemplos de amor conyugal y heroismo femenil en nuestra guerra mejicana.

CAPITULO VI.

Salida de Saratoga.—Viage á Nueva-York.—Rio Hudson.—Llegada á Nueva-York.—Descripcion de la bahía y de la ciudad.—Su poblacion.—Comercio.—City-Hall.—Teatros.—Reflexiones.—Posadas.—Periódicos.—Cultos.—Obispo Hobart.—Católicos.—Asambleas populares.—Bancos.—Paquetes.—Clase de poblacion.—Usos y costumbres.

El 24 de julio salí de Saratoga para Ballston, que está en el camino acia Albany. Este es un pueblo tambien de aguas minerales, de cerca de dos mil habitantes y con buenas posadas. No me detuve en él mas que el tiempo suficiente para visitar sus fuentes y continué á la capital del Estado de Nueva-York, la ciudad de Albany ó Albania á la orilla derecha del rio Hudson. A seis millas antes está Troya, villa agradablemente situada al lado opuesto del rio, que tendrá cuatro mil habitantes. En otra ocasion me ocuparé de Albany cuando hable de mis viages á la Nueva-Inglaterra en esta misma obra.

El dia 25 de julio de 1830 me embarqué en el buque de vapor *Estados-Unidos*, en el que iban á lo menos trecientos pasajeros entre hombres y mugeres, todos decentemente vestidos; especialmente las damas cuyo aseo y elegancia causaban un verdadero